



XXVII Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología

“Latinoamérica Interrogada”

31 de agosto al 4 de septiembre de 2009.

Buenos Aires, Argentina

Reunidos en la ciudad de Buenos Aires, más de cuatro mil docentes y estudiantes procedentes de todos los países de la región hemos analizado, a lo largo de cinco días, la compleja problemática latinoamericana, sus razones, sus historias, pero también sus posibilidades y horizontes de futuro.

Esa Latinoamérica a la que interrogamos desde el punto de vista de la producción de conocimiento, la depredación de la naturaleza, sus escenarios productivos y los alcances de su democracia participativa, nos muestra un escenario conflictivo y lleno de riesgos, pero también pleno de vida y animado por luchas populares de gran intensidad y trascendencia.

Esta es, posiblemente, la región en la que se combinan de manera más dramática el dolor de la pobreza, la violencia, la inseguridad, el desempleo, con la creatividad, la producción de un conocimiento original, la negación constante a permanecer en el ámbito de subordinación que buscan imponernos las grandes potencias.

Grandes peligros acechan a Latinoamérica: con un desempleo cercano al diez por ciento de su población, con aproximadamente la mitad de sus habitantes sumidos en la pobreza o la pobreza extrema, con el crecimiento sostenido de la concentración de la riqueza, nuestra región atraviesa por una nueva oleada de amenazas intervencionistas de parte de empresas transnacionales que buscan apropiarse a toda costa de nuestros recursos estratégicos. El agua y la minería se han convertido en los botines más codiciados del principio del siglo XXI.

Sociedades amenazadas por la violencia, las epidemias, la miseria, los impactos de los cambios climáticos, con servicios sociales parcialmente destruidos o privatizados, y en los cuales la educación y la salud han pasado a ser un privilegio, buena parte de nuestras

sociedades son aún víctimas frecuentes del terrorismo de Estado, de bandas delincuenciales, de enfrentamientos armados de diversa índole. En menos de diez años, el gasto en armamento se ha decuplicado, y el nivel de impunidad, violación constante de los derechos humanos y criminalización de las protestas sociales no ha cesado, a pesar de avances democráticos de consideración en varios países de la región.

El cambio de gobierno en los Estados Unidos no ha significado un cambio de política ni un respeto a la autodeterminación en nuestro continente: Cuba sigue sufriendo un bloqueo criminal, que ya dura cerca de cincuenta años; Venezuela, Bolivia y Ecuador, que han realizado las mayores transformaciones sociales vividas en la historia latinoamericana reciente, se encuentran acosadas y cercadas por enemigos internos y externos. Las bases militares que utilizarán los Estados Unidos en Colombia, el Plan Puebla Panamá y el Plan Mérida constituyen, hoy por hoy, las mayores amenazas a la paz en nuestro continente. El golpe de Estado en Honduras es signo ominoso de cómo los intereses del poder se oponen a la voluntad democrática de nuestros pueblos.

De otra parte, el movimiento de los pueblos originarios en busca de su autonomía y libertad tiene ecos tan distantes y tan comunes como los de Bagua en Perú, Santa Fe de la Laguna en Michoacán, México, los mapuches chilenos y argentinos, así como otras etnias en el Gran Chaco argentino-paraguayo siguen luchando tercamente por sus tierras y territorios con esa entereza y valentía que son la razón y la historia de la sobrevivencia de nuestro continente. Los estudiantes y maestros chilenos, peruanos, mexicanos, los sin tierra brasileños, los movimientos democráticos que han dado lugar a gobiernos de transición en El Salvador, Nicaragua y Paraguay y que ha consolidado gobiernos democráticos en Brasil, Chile y Argentina, y cientos de miles de ciudadanos que luchan en todo el continente contra la expulsión de migrantes, la violencia, el empobrecimiento, la pérdida de derechos sociales, los atentados contra la libertad de asociación y de expresión, constituyen las grandes esperanzas de un mundo mejor no menos difícil, pero mucho menos lejano que lo que soñamos antes de que se iniciara la tragedia neoliberal.

Es en este contexto que repudiamos el golpe de estado en Honduras; la depredación de los bienes comunes desde la energía geotérmica en Centroamérica hasta el mega emprendimiento minero de Pascua-Lama en Chile y Argentina; la represión a los militantes sociales en especial de los pueblos originarios de la amazonia y de todo tipo de manipulación de la información, ejemplificado en la intervención del Instituto Nacional de Estadística y Censos de la Argentina.

La academia de las ciencias sociales de América Latina tiene muchas tareas pendientes, la primera de las cuales es poner el conocimiento a la altura de las complejidades y caminos divergentes que se plantean hoy a los pueblos, movimientos y gobiernos democráticos de nuestro subcontinente. La conquista de una verdadera autodeterminación mental, cultural, científica, ideológica y práctica sigue siendo un anhelo para todos aquéllos que, desde los

centros educativos y de investigación compartimos los sufrimientos y luchas por la dignidad de nuestros niñas y niños, jóvenes, adultos mayores, mujeres y hombres libres de todas las lenguas, todas las preferencias e identidades y todas las civilizaciones que habitan nuestra región.

Interrogamos, pues, a nuestra América, pero también le reiteramos que estamos con ella, con lo mejor que ha dado la historia de nuestro pensamiento crítico, con el corazón y el alma puestos en la liberación de nuestros pueblos, con la convicción de que el conocimiento no es un espacio vacío para que lo llenen la vanidad y la soberbia, sino el más poderoso instrumento de la inteligencia organizada que nos permitirá remontar ésta y otras crisis, para hacernos cada día mejores y más cercanos al objetivo de paz, justicia, reconocimiento de la diversidad cultural y social, creatividad, libertad, respeto y tolerancia a que aspiran nuestros pueblos.

Deseamos recuperar también los conceptos que se enunciaron hace una década en ALAS de Concepción, pues siguen estando vigentes: Los sociólogos no nos podemos limitar en nuestro trabajo a la formulación de diagnósticos sobre nuestras sociedades sin responder y prevenir los múltiples aspectos en los cuales se ejercita de modo arbitrario e inhumano el monopolio legal de la violencia. El orden social y su reproducción se apoyan siempre en la obediencia debida al principio de autoridad y en la aceptación de sus reglas que exigen el castigo y la pena como única respuesta legal ante la disidencia y la rebeldía. En nuestras sociedades estamos aprendiendo a decir “No”. No a todo mandato que implique la aceptación de una orden inhumana. No al castigo a la desobediencia y la insumisión. No a la guerra. No a la injusticia.

En Buenos Aires, a los 3 días de septiembre de 2009.